



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año II

14 de enero de 1888

Núm. II



LOS DOS CAMARADAS

Ayuntamiento de Madrid

GOLIAT

EXISTE en Aragón una pequeña pero deliciosa población, situada en la vertiente de un fértil y hermoso valle, y que posee unas recomendables aguas ferruginosas á las que acuden en estío muchas personas en busca de alivio para sus dolencias.

Hace pocos años que los bañistas se encontraron con una gran novedad, que tenía aterrorizados á los pacíficos vecinos de los contornos. Los pastores que conducían sus rebaños al valle se habían retraído, despojándolo de su más poético adorno; y los aldeanos que diariamente llevaban frutas ó legumbres al mercado, tenían que dar un gran rodeo para llegar á la ciudad.

Lo que había producido aquel pánico en la comarca, era la aparición de un enorme oso que, sin pedir permiso al alcalde, había tomado posesión de una cueva situada en un extremo del valle.

A causa, sin duda, de la gigantesca forma del animal, los sencillos habitantes del país habían bautizado al oso con el nombre de *Goliat*; pero no había aparecido todavía un David que les libertase de aquel filisteo de cuatro pies.

Entre los bañistas que acudieron aquella temporada, hallábase un señor Bretón, digno émulo de Esculapio y á quien causó mayor disgusto la noticia, pues se proponía visitar todos aquellos alrededores y hacer un estudio sobre las plantas medicinales en que abundaba el valle.

Una noche hallábanse reunidas multitud de personas en el salón del establecimiento balneario, y entre ellas también el doctor Bretón, á quien su genio alegre, su agradable trato, su erudición y sus ligeras y corteses bromas hacían apreciable, captándose las generales simpatías.

Naturalmente, lo principal de la conversación versó sobre *Goliat*, y cada cual contó lo que de él sabía. Decíase que un aldeano, que conducía á los baños una canasta de frutas, había sido sorprendido por el oso, y que, gracias á la golosina de éste, se había salvado el hombre dejando su carga en poder del animal; añadíase que un pastor, estimulado por el premio que el Ayuntamiento ofrecía al que presentara la cabeza de la fiera, había salido en su busca, apareciendo destrozado al pie de una roca próxima á la cueva; y, por último, además de otras catástrofes por el estilo, pocos días antes había salido una numerosa expedición de cazadores á perseguir el oso, y habían vuelto mohinos y avergonzados sin conseguir su objeto, y perdiendo dos magníficos perros en la refriega.

El doctor estuvo escuchando todo esto atentamente, y después de un rato de reflexión dijo de pronto:

—¿Y dicen Vds. que *Goliat* habita en la cueva del valle?

—Precisamente,—le contestaron.

—¿Tiene esa cueva alguna otra salida ó respiradero?

—Ninguna: es una caverna de poca profundidad, que antes servía de albergue á un pastor á quien *Goliat* desahució sin necesidad de acudir á los tribunales.

—Pues bien, señores,—dijo flemáticamente el doctor, sacando su caja de plata y saboreando un polvo;—si hay cinco personas decididas á seguirme, yo me prometo conseguir lo que hasta ahora no ha sido posible.

Esta salida del doctor fué tomada por una broma y produjo la hilaridad en la concurrencia.

—¡Cuidado, señores, cuidado! Hablo ahora con toda formalidad. He dicho que me encargo del oso, y me ratifico en ello.

—¡Excelente cazador!—dijo irónicamente un robusto mocetón que, según confesión propia, había sido uno de los malaventurados expedicionarios de los días anteriores.

—No tan bueno como V.—replicó el doctor,—pero seguramente con mejor fortuna. Repito que si hay cinco valientes que me acompañen, mañana á la noche nada habrá que temer de Goliath.

Este diálogo atrajo la atención general, y pronto pudo contar el doctor, no con cinco, sino con cincuenta que se ofrecieron á acompañarle en su atrevida empresa.

Pero Bretón se aferró en que fueran cinco solamente; y escogiéndolos á su



En la orilla del mar

gusto, quedó aplazada la caza para el día siguiente á las tres de la tarde, hora que Goliath dedicaría probablemente á la siesta, y en la que, por consiguiente, se hallaría en casa.

Efectivamente, á la hora convenida salieron los cazadores entre los vítores de todos los vecinos de la ciudad, que, habiéndose enterado de la expedición, salían á despedirlos con grande algazara y deseándoles un éxito feliz.

Además de sus armas ofensivas, iban todos los cazadores, por recomendación del doctor, provistos de varias mantas y barras de hierro cuyo uso se ignoraba; y Bretón conducía una caja tapada y envuelta cuidadosamente.

No tardaron en llegar, tomando mil precauciones, hasta la cueva de Goliath, donde los sonoros ronquidos de éste, muy ajeno del complot que se fraguaba contra su seguridad personal, ensancharon de satisfacción todos los pechos.

—¡Preparad las armas!—dijo en voz baja el doctor.

Los cazadores obedecieron en silencio.

—Atravesemos ahora las barras de hierro en la entrada de la cueva, asegurándolas lo mejor posible.

Procedióse en seguida á esta maniobra, no sin algún temor, pues se divisaba en la sombra del fondo una de las enormes zarpas de la terrible alimaña.

En seguida, á otra orden del doctor, se taparon perfectamente con las mantas todos los claros que dejaban los hierros.

—Ahora, señores,—añadió el jefe de la expedición mientras los demás escuchaban ávidamente deseando saber el fin de aquella extraña caza;—ahora voy á cloroformizar á Goliat, y podremos conducirle vivo sin el menor peligro.

Y desenvolviendo su caja con el mayor cuidado, introdujo en la cueva, por una pequeña abertura, una bomba de presión, por la que comenzó al momento á inyectar la sustancia deletérea.

La operación duró una media hora. Los cazadores, que escuchaban atentamente, pudieron apreciar como bajaba poco á poco el diapasón de los ronquidos del oso, hasta que cesaron por completo. Cuando el doctor lo creyó conveniente, se quitaron de pronto los hierros y las mantas que obstruían la entrada, y, penetrando con precaución, encontraron á Goliat profundamente dormido.

Al momento fué colocado en una camilla formada con ramas de árboles, y así fué conducido á la población, teniendo cuidado de llevar siempre un frasco de cloroformo pegado á las narices del animal.

A las nueve de la noche llegaron los cazadores; y los vecinos, ya enterados del éxito, habían iluminado los balcones. La comitiva se dirigió al Ayuntamiento con Goliat dormido, y fué colocado en una resistente jaula de hierro, dispuesta de antemano por el doctor Bretón.

Hoy día nadie teme á Goliat. Este, por su parte, ha perdido mucho de su fiereza, y se relame de satisfacción siempre que ve un niño acercarse á su jaula, pues sabe positivamente que su visitante no se ha de marchar sin regalarle alguna golosina.

SALVADOR PÉREZ MONTOTO



LA DEGOLLACIÓN DE LOS NIÑOS

BURLADA por los Reyes Magos la fiera esperanza de Herodes, ardió en ira el corazón de este maldito rey, más y más receloso de perder su cetro un día ante el Niño recién nacido en Belén.

—¡Vivo yo, que no será así!—exclamó rechinando los dientes y frunciendo las cejas y crispando las manos como un demonio, ó como un hombre que va á tomar una resolución diabólica.



Minino

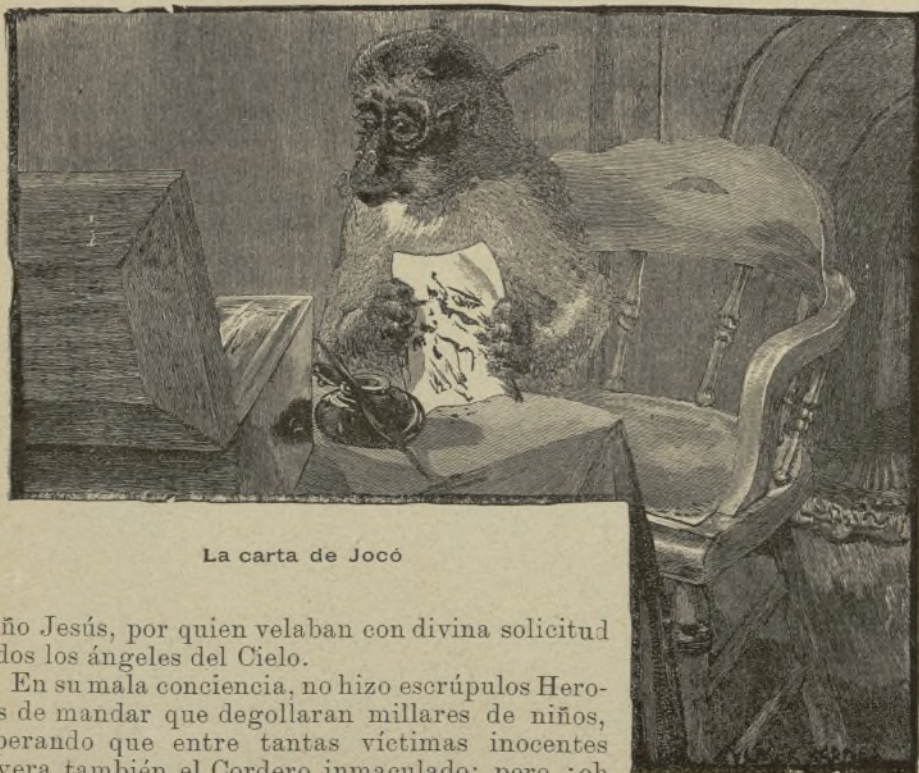
En efecto: despreciando ya á los tres Reyes Magos y á todos los sacerdotes y doctores de la ley, como quien se bastara á sí mismo, envió á Belén y sus términos, crueles ejecutores con orden de degollar á todos los niños de dos años abajo, ya que no sabía á punto fijo ni la edad ni el paradero del Niño Jesús, pero bien sabía que quedaba comprendido en la extensa iniquidad de su bárbaro mandato.

—Ya sabéis, piadosos niños, cómo, á pesar de análogo decreto por parte del terrible Faraón, el niño Moisés, preservado por la Providencia, cumplió la alta misión que trajo á la tierra. Y cuando desde el principio vivía el Verbo eterno, guardado en el pensamiento de Dios para el gran misterio y sacrificio

de la redención, toda la cólera de Herodes no fué ni pudo ser más que una fuerza de mísero y flaco insecto, ni más que ineptitud toda su astucia, ante el poder y sabiduría del Altísimo.

—Sigiloso fué el mandato de Herodes para asegurar el resultado; pero un ángel del Señor se lo reveló á José con la oportunidad necesaria para evitar el peligro.

Poderosos y terribles fueron los medios empleados; y una mujer y un hombre, una virgen y un anciano, María y José, bastaron para hacerlos ilusorios, pues aprovechando el aviso del ángel huyeron á tierra de Egipto, llevando al



La carta de Jocó

Niño Jesús, por quien velaban con divina solicitud todos los ángeles del Cielo.

En su mala conciencia, no hizo escrúpulos Herodes de mandar que degollaran millares de niños, esperando que entre tantas víctimas inocentes cayera también el Cordero inmaculado; pero ¡oh ceguedad, impotencia y miseria del hombre que se revela contra Dios! Mientras el Niño Jesús estaba ya en seguro, en tierra extraña, en el regazo de su santa madre, bajo las blancas alas de los ángeles y á vista siempre de la Providencia, que es la sabiduría y la bondad y el poder de Dios, el rey Herodes, que temía en el Niño de Belén la rivalidad de un nuevo rey de Judea, como si tuviera cien años de vida que vivir, el rey Herodes murió aquel mismo año.

Y por cierto que murió desesperado, pidiendo á voces que lo mataran por compasión. Murió de una enfermedad sin nombre en la historia patológica, comido de gusanos y de insectos asquerosos y viendo por sus ojos como se le iban desprendiendo del corrompido tronco todos los miembros uno á uno: primero los pies y las manos, luego las piernas y los brazos.

¡Justo castigo de su iniquidad! Y aun le quedó mucho á cuenta, que no se purga con todos los dolores humanos la impiedad de haber perseguido al Niño

Jesús, entregando al bárbaro cuchillo, por inmolar al hijo de María, tantos millares de niños inocentes.

Muerto ya Herodes, se restituyó á Judea la sacra familia; pero teniendo José noticia, en el camino, de que Arquelao había sucedido á Herodes, y receloso de que el hijo hubiese heredado la crueldad del padre, no fué á Jerusalén ni á Belén, donde reinaba Arquelao, sino á la ciudad de Nazaret, en Galilea, sujeta á Antimas, su hermano, de más blanda condición que Arquelao.

¡Lástima que no quepan ya en esta lección algunos pormenores del interesante viaje ó huida de la sagrada familia de Egipto! Ni siquiera puedo hablaros de la fuente de Matara, cerca de Hermópolis; fuente que brotó de una lágrima del Niño Jesús, y en cuyas puras aguas lavó los pañales de su divino hijo la santa madre virgen.

Mas, para concluir, voy á inspiraros una piadosa devoción, haciendo más caros á vuestro tierno corazón los nombres de los tres Reyes Magos, Melchor, Gaspar y Baltasar. El Niño Jesús era muy pobre, y la sacra familia no hubiera podido huir de la cólera de Herodes sin dinero para tan largo viaje.

Recordad ahora la adoración de los Reyes en el establo de Belén, y los presentes que ofrecieron al Niño Jesús como Dios, como rey y como hombre. Con el incienso y la mirra le dieron también oro. ¿Veis la Providencia?

Amad, niños, amad mucho á los Reyes Magos, Melchor, Gaspar y Baltasar, para que ellos os amen á su vez y se acuerden de vosotros en estos faustos días.

CIRILO NAVAS



EL ENSUEÑO DE ANITA



Con dulcísimo embeleso
durmióse Anita, y soñaba
que su ángel bueno bajaba
desde el Cielo á darle un beso.



Y como si cierto fuera
que el ángel le estaba hablando,
fué ella un diálogo formando
que siguió de esta manera:



—¿Me escuchas?

—Sí, niña hermosa.

—¿Y me amas?

—Tu bien anhelo.

—¿De dónde vienes?

—Del Cielo.

—Llévame.

—Sé virtuosa.

Horas de recreo

Le imprimió un beso en la frente
el ángel, y á las alturas
levantó sus alas puras
al despertar la inocente.



Pero aun dulce despertando
la niña, vió en su inocencia,
á la primer transparencia
del día, el ángel volando.

EZEQUIEL SOLANA



Horas de recreo

Ayuntamiento de Madrid

LA SOBERBIA

EL defecto más grave que puede afeár á un niño, y el que más desgraciado hace al hombre, es la soberbia. La Iglesia la considera como el primero de los pecados capitales; y el Diluvio Universal, la destrucción de Sodoma, y el derrumbamiento de la torre de Babel demuestran que desde el origen del mundo es la falta que Dios ha castigado con más implacable rigor.

Allí donde anida la más refinada ignorancia, allí tiene su centro la soberbia. Poseyendo no ya una inteligencia privilegiada, sino los más vulgares conocimientos, el niño se ruborizaría de haber sentido una hora, un instante, tan repulsivo sentimiento. Todo es efímero en la vida: honores, hermosura, inteligencia, riquezas; todo, todo puede perderse en un minuto con mucha más facilidad de lo que podemos suponer. Entonces, ¿á qué la soberbia? ¿Eres hijo de alto personaje? No te envanezcas por ello: si ha habido reyes que han perdido su corona, ¿qué no puedes perder tú? ¿Eres hermoso? ¡Ah! La hermosura es el último de los patrimonios. ¿Eres sabio, un prodigio de talento, el asombro de propios y extraños? Pues no olvides que basta una hora de calentura, una gota de sangre que, extraviándose de tus arterias, afluya á tu cerebro, para arruinar para siempre el caudal de tus conocimientos, para apagar la prodigiosa luz que ilumina tu razón. ¿Eres rico? No son las riquezas motivo legítimo para alentar la soberbia, ya que es mucho más difícil conservarlas que perderlas. Si Dios te ha favorecido otorgándote alguno ó todos los citados dones, haz de ellos digno uso, no le ofendas dando cabida en tu tierno corazón al más ruín y odioso de los defectos.

Además, un niño soberbio es siempre un niño desgraciado. Se enajena el cariño y la consideración de los demás, y, al llegar á hombre, ni un recuerdo dulce de su pasado ni una grata amistad de su infancia le acompaña en su carrera; al contrario: al par que habrán ido creciendo sus defectos, y en medio de su relativo bienestar, ellos serán su constante torcedor. ¿Creéis que, por opulenta y espléndida que sea vuestra posición, todo son goces en la vida? No, mis queridos niños: cada paso que avanzamos nos acerca más á la edad que llega revestida de espléndidos encantos para ocultarnos el triste cortejo de sinsabores y desengaños que la acompañan.

No es posible disfrutar en la vida de una felicidad continuada. ¿Sabéis lo que significa la palabra *hombre*? Pues Dios, al crear á nuestro primer padre, no le llamó *hombre*, sino *Adán*, que equivale á *tierra roja* ó *barro*; pero en cuanto éste hubo pecado desobedeciendo el divino mandato, la posteridad de *Adán* tomó el nombre de *Enosh* ó de *hombre*, y *Enosh*, voz hebrea, quiere decir *dolor* ó *estar gravemente enfermo*; lo que demuestra que, desde el origen del mundo hasta la consumación de los siglos, la soberbia será la falta más severamente castigada por Dios. De soberbia fué la primera falta del hombre, y desde aquel momento vive enfermo y sujeto á todas las penalidades y rigores de la vida: quiso descubrir la ciencia del bien y del mal, elevarse, ser más de lo que podía, y su caída fué consecuencia inevitable de su funesta ceguera.

La soberbia es la ceguera del alma. Y ¡ay triste del que carece de tan bienhechora luz!

A. OZORES

❖ NUESTROS GRABADOS ❖

LOS DOS CAMARADAS

Grandes amigos eran Joaquín y Miquis: Joaquín era un robusto y valeroso niño; Miquis un lindo y pusilánime gato. Nevó, pero con una furia verdaderamente terrible; y el pobre Miquis, friolero de suyo, veía con terror prepararle la nieve su *sudario*, cuando Joaquinito, cuya desolación no reconocía límites al ver ausente de casita al gato, salió afuera y llegó á



La manzana de Pablo

tiempo de salvar al pobre felino que, aterido y medio muerto de miedo, sintió restablecerse sus fuerzas al dulce calor del pecho de su amigo. Aunque no pudo decirlo, consta que el gato pensaba interiormente: ¡Viva Joaquín!

EN LA ORILLA DEL MAR

Es muy grato para los niños recrearse en la orilla del mar: allí se forman castillos de arena, se buscan curiosas conchas, y encuéntranse piedrecillas raras, tan lisas como el

mármol; allí es el ambiente más puro, y el aire que se respira más saludable que en la ciudad. Id á la orilla del mar, hijos; esa orilla que muchos quisieran alcanzar, á veces, sin poder conseguirlo.

MININO

Minino es un gran gato blanco muy goloso y muy astuto, y le gustan particularmente los bizcochos. Después de haber averiguado que estaban en un cajón de hoja de lata, procedió con tal habilidad que pudo levantar la cubierta: después introdujo la pata hasta el fondo, sosteniendo aquélla con la cabeza para que no cayese, y así consiguió extraer la golosina apetecida. No contento con tomar para sí, sacó también algunos para un compañero suyo que le miraba con envidia, y los dos merendaron perfectamente.

El ama los sorprendió, y desde entonces Minino no pudo comer más bizcochos.

LA CARTA DE JOCÓ

Mi hermano tuvo una vez un mono muy gracioso, al que puso por nombre Jocó, y, así como todos los animales de su especie, era muy aficionado á la mímica.

Cierta día mi hermano se sentó á su pupitre para escribir una carta, y el mono saltó á una silla para observarle. Su pequeña frente se arrugaba á menudo, y el animal se rascaba la cabeza. Cuando mi hermano hubo acabado de escribir, puso la carta en su sobre y lo cerró, sellándolo; lo cual fué causa de que Jocó hiciera un ademán de satisfacción, mirando á su amo de una manera que parecía decir: «También yo podría hacer eso.» Como era la hora del correo, mi hermano salió presuroso para llevar su carta, olvidándose de cerrar el pupitre.

Cuando volvió, el mono estaba sentado en su silla, con un pliego de papel delante, el cual había llenado de manchas de tinta; pues, como no le fuera posible sostener la pluma entre los dedos, introdujo éstos en el tintero y los plantó en el papel.

Ya estaba doblando su singular carta



La ponchera blanca

con las manos llenas de tinta, cuando mi hermano entró.

—¡Ah, picaro!—le gritó.

Pero el mono desapareció al punto, escondiéndose debajo del tapete de la mesa, mientras mi hermano soltaba la carcajada.

Por eso comprendió Jocó que no se pensaba en castigarle, y, levantando una punta del tapete, asomó la cabeza.

—Ven aquí, tunante, y dime á quién has escrito,—exclamó mi hermano sonriendo.

Entonces el mono saltó sobre su rodilla; y si este animal hubiera podido hablar, seguramente habría contestado: «He escrito á mis hermanos y hermanas de la América del Sur, y ahora quisiera que enviara V. la carta poniendo el sobre, porque tiene V. mejor letra que yo.»

HORAS DE RECREO

Los niños estaban en el jardín haciendo hoyos en la arena, como si quisieran abrir pozos, mientras que las niñas recorrían las orillas del mar, recogiendo bonitas conchas. Cuando

los primeros están en la escuela recitando sus lecciones, las segundas ejercitan sus pequeños pies en la sala de baile.

Si los niños van al bosque á buscar dulces y encarnadas fresas, las niñas rodean los árboles frutales y agitan el tronco para coger las cerezas. Las niñas se caen á menudo durante sus juegos; pero los niños corren con ligereza, saltan y brincan sin temor de perder el equilibrio. Estos prefieren sobre todo la pelota, que es su juguete favorito; mientras que aquéllas se complacen columpiándose entre los árboles. Unas y otros duermen tranquilamente cuando se acuestan, porque los ángeles velan su sueño y los protegen.

LA MANZANA DE PABLO

—Mamá,—dijo Pablito;—la manzana que Catalina me ha dado tiene un gusano dentro. Míralo qué feo es:

cuantos vean estos animales deben aborrecerlos. Si supiera que Catalina me la había dado expresamente, se la arrojaría á la cara.

—No harás tal, hijo mío: si á ti te repugna el gusano, ya verás como no falta quien se lo comerá con gusto. Ya que tanto quieres á tu canario, corta la manzana, abre su jaula y ofrécésela.

Hácelo así el niño, presentando el fruto á la linda avecilla, que, picoteando al punto la manzana, devora el gusanillo con marcada satisfacción.

—¡Mira, mamá: se lo ha tragado!—exclama el niño, lleno de admiración.—Sin duda comería más si se los dieran.

—Sí, hijo mío; y así puedes ver como lo que á ti te desagrada es un regalo para otros seres.



La ponchera blanca

LA PONCHERA BLANCA

Juanito llamaba llorón á su hermanito Alfredo porque á la menor cosa tenía las lágrimas en los ojos y vertía amargo llanto cuando no se realizaba el menor de sus deseos.

Cierto día la hermana de éstos, Anita, entró en la habitación donde Alfredo jugaba, llevando una ponchera en la mano. Alfredo preguntó qué iba á poner en ella, y Anita le contestó que pensaba llenarla del agua salada de sus lágrimas, y que, cuando llorase, las dejara caer allí todas. El niño quiso saber entonces qué haría su hermanita con una ponchera llena de aquella agua, á lo cual repuso Ana que pensaba echar allí un pez para que nadase.

En el mismo instante el perrito de Alfredo, Fido, entró en la habitación y se comió un confite que aquél había dejado sobre una silla; y apenas lo vió el niño, comenzó á llorar, y sus lágrimas cayeron en el suelo.

—¡Oh!—exclamó Anita.—Es preciso no desperdiciar esas lágrimas, porque contribuirán á llenar la ponchera.—Y puso ésta debajo de los ojos de su hermano.

—Vamos,—le dijo,—llora cuanto puedas, y veremos si consigo llenarla hoy mismo, á fin de comprar mañana mismo el pececillo.

Al oír esto Alfredo no pudo llorar más, pues las lágrimas no acudían á sus ojos. De modo que Ana, esperando mejor ocasión, puso la ponchera sobre la mesa á fin de tenerla á mano. Sin embargo, ni una sola lágrima cayó ya en el recipiente, pues apenas le ponían la ponchera debajo de los ojos, dejaba de llorar al punto, y, por lo tanto, no fué necesario comprar el pez.

Hé aquí cómo Alfredo se corrigió de su costumbre de llorar; y cuando veía hacerlo á otros niños, decíales que su hermanita Ana tenía una ponchera con la cual les corregiría su vicio.

EL CASTIGO DE LA MUÑECA ROSITA

La muñeca Rosita es una de las más preciosas que se han visto. Tiene los ojos azules y el cabello amarillo; aunque para Elisa, su dueña, es de color de oro. Las rosas podrían envidiar el delicado tinte de sus labios y mejillas; y cuando Elisa la echa en la cama, sus párpados se cierran lentamente. Nunca suspira ni sonríe, ni tampoco grita ni se desespera cuando el día es lluvioso; y, sin embargo, Elisa la encerró una tarde en un cuarto oscuro como para castigarla, presentándose después á su mamá con cierta expresión severa, cual si hubiera ocurrido alguna cosa grave. Reducíase todo á que Rosita no había recitado sus oraciones al acostarse, pensando, sin duda, que podía hacerlo; pero su mamá le demostró que esto no era posible, y Elisa, sintiendo haber castigado á su muñeca, la mimó todo lo posible para hacerle olvidar el castigo, cual si Rosita pudiera abrigar resentimiento alguno.

LOS TRES AMIGUITOS

Al pie de un árbol dos preciosas niñas acarician á su inseparable compañero, un gracioso gatito que retoza gozoso á los rayos del sol, mientras que en el espeso follaje los pájaros trinan alegremente sin temer al peligroso enemigo que los mira fijamente, codiciando, sin duda, devorar alguna de las avecillas; pero sus amigos no le permitirán hacer daño alguno á los inofensivos animales.



LA FAMILIA HONRADA

(Continuación)

—Eres una buena muchacha, mi querida Fanny, digna en todos conceptos de lo bien que padre habla de ti en su carta. Tómalala, niña, pues tu señora no te prohibirá, creo, que recibas carta de tu padre; pero si mañana no consiente en que vengas á pasear, no voy á quererla mucho.

Los niños interrumpían á Fanny á cada instante, mientras leía la carta de su padre.

—Tomad, os ruego, esta bella madreselva,—decía el uno.

—Y hacednos pasar por el prado, ahora á la vuelta, para que podamos ver las luciérnagas,—añadía el menorcito.—Mamá me lo ha dicho, y mientras miraremos las luciérnagas podréis sentaros en una piedra y leer la carta á vuestras anchas.

Fanny, que se hallaba dispuesta siempre á acceder á cuanto le pedían los niños mientras su madre no lo hubiese prohibido, consintió de buena gana en ello. Cuando estuvieron en el prado, Gustavito, el menor de los niños, encontró para ella un sitio muy cómodo, donde se sentó para leer la carta mientras los niños iban á caza de los gusanos de luz.

Tres veces seguidas leyó Fanny la carta de su padre: muchos, excepto los que tienen la dicha de querer á su padre tanto como ella y de tener un padre tan digno de ser amado, pensarán que aquella carta merecía cuando más una simple lectura.

«Mis queridos hijos:

»Cosa extraña es para mí vivir sin vosotros; pero, á mi lado ó lejos de mí, estoy seguro de que os portaréis bien, y este es el consuelo más dulce que puede tener un padre en su vejez. Muy contento estoy de saber que mi querido Francisco ha encontrado, por su propio mérito, una colocación en casa de este excelente Sr. Barlow. Estoy seguro de que ahora no detesta ya á los procuradores. Por otra parte, estoy convencido de que no podría detestar á nadie más allá de media hora, á pesar de todos sus esfuerzos. Gracias á Dios, ninguno de mis hijos ha sido criado en ideas de venganza ó de envidia: nunca disputerán entre sí por cuestiones de dinero, como se ve en muchas familias. Vale más una comida frugal sazónada con la amistad, que un banquete suntuoso donde reine la discordia. No tengo necesidad de tomarme la pena de escribir á cada uno de vosotros en particular; pero los viejos son habladores. Mi reuma, sin embargo, me impide charlar con vosotros tanto como sería mi deseo. Me atormenta más que de costumbre desde aquel día en que tuve tan gran frío habiéndome visto obligado á esperar al Sr. Folingsby con la ropa toda calada.

(Se continuará)



El castigo de la muñeca Rosita

Soluciones á los problemas y ejercicios del número anterior:

Logogrifo: Escapulario.—Cuadrado numérico: 1456, 5614, 6541, 4165.—Triángulo: Lérida.

—Estrella: Macaria, Eulalia, Rosalía, Ignacia.

CHARADAS

Prima segunda y tercera
son un nombre de mujer;
otro nombre *tercia* y *cuarta*
y otro la *dos* y la *tres*;
en *primera terciá* y *cuarta*
otro nombre también ves;
y, por último, mi *todo*
también otro nombre es.

Tienes *segunda*
tras la *primera*;
das la *tercera*
y el *todo* es...
¡A qué decirlo!
¡Qué tontería!
Pues ¡qué! ¡á fe mía!
¿aun no lo ves?

Es muy cierto, ciertísimo,
nadie lo duda,
que el *cuarta* y *quinta* dice
prima segunda;
mas nadie afirma
que mi *todo* tuviera
tres dos y *prima*.

MANUEL L. VICIOSO



Los tres amiguitos

CHARADAS

Con su traje de *dos tres*,
prima dos el buen labriego,
más feliz que *dos segunda*
en día de jubileo.
Cabe la *cuarta* se estaba
viendo el *todo* tan esbelto
cuando *prima dos tercera*
advertióle que el momento
se acercaba de volver
á su casa y á su fuego.

Su discurso, Padre López,
prima tres su fama inclita.
En la *dos* y *tres* no se habla
mas que de su señoría.
Yo *prima* que en breve plazo
le van á dar una mitra;
yo *dos* como los ministros
su oración aplaudían;
yo me alegraría mucho
fuese á *todo* su ilustrísima.

¡Jesús, qué *prima segunda*!
¡Jesús, qué *prima tercera*!
Le digo á V., D. Damián,
que es una fatal molestia.
—Tome V. una *cinco cuatro*
de verbena y á la lengua
la aplica por un ratito.
—¡Habladurias de viejos!
¿Me tiene V. por un *todo*
que tales sandeces crea?

ORESTES

— Las soluciones en el número próximo —

ADVERTENCIA.—Los tres primeros niños que envíen la solución de los problemas recibirán, como obsequio, un regalo; entendiéndose esto para cada número.

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: Apodaca, 10, 2.º, MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 y 367, BARCELONA

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 y 367.—BARCELONA.